

Joan Fuster

ARISTOCRACIAS INSULARES

Los dos últimos títulos de la colección El Club dels Novel·listes –dos novelas excepcionales, digámoslo de entrada– ofrecen una sugestiva y singular coincidencia. Llorenç Villalonga, autor de uno de ellos –*Bearn*– y traductor del otro –*El Guepard*, del príncipe de Lampedusa–, ha sido el primero en hacerlo notar. Villalonga había escrito *Bearn* en 1945, y en 1956 la publicó en traducción castellana. Un par de años después de esta última fecha, *Il Gattopardo* de Lampedusa aparecía en Italia. Si *Bearn* pasó casi inadvertido en el tan ponderado mercado del libro español, *Il Gattopardo* conseguía rápidamente la condición de «bestseller» europeo de primera magnitud: una diferencia injusta, desde luego. *El Guepard* merecía el éxito que obtuvo y sigue obteniendo –y que obtendrá en esta versión catalana del «Club»–; pero *Bearn* lo merecía también en una ancha proporción, y de nada le valió la presunta universalidad del vehículo lingüístico para alcanzarlo. ¡Misterios del mundo literario! Porque *Bearn* es, para empezar, una buena novela: uno de esos relatos inteligentes, bien contruidos y de una sagaz amenidad, que satisfacen al tipo de lector determinadamente «europeo». Como *El Guepard*. Y como *El Guepard* de Lampedusa tomaba tema y ambiente en «l'enfonsada d'un món arribat a terme»: la decadencia de la aristocracia rural en una isla del Mediterráneo. Precisamente eran –y son– estas afinidades entre ambos libros lo que sorprende al lector, y lo que el mismo Villalonga subraya. Las dos novelas se parecen: con un parecido «de familia» muy afinado. Similitudes de tiempo y de escenario, de situación social de los personajes, de actitud narrativa, que admiran. La antelación de *Bearn* al «Guepard», perfectamente «fecha», elimina todo equívoco, y Villalonga lo destaca con una punta de humor: «perquè ningú pensarà que el príncep de Lampedusa hagi plagiat *Bearn* i altrament els meus enemics creurien que jo havia plagiat el príncep». Nadie mejor que Llorenç Villalonga para traducirnos *Il Gattopardo*, con estos precedentes.

De *El Guepard* no es necesario que hablemos. El libro póstumo de Lampedusa ha dado la vuelta al mundo con un acompañamiento de elogios casi incondicionales. En un momento en que críticos y lectores dividían sus preferencias entre las novelas de abrumadora propensión metafísica o de inmediata denuncia social, o bien se declaraban partidarios de un *nouveau roman* evasivo y malabarista, *El Guepard* ha sabido imponerse con su estricto valor literario. No nos engañemos: cada lector ha tomado del relato de Lampedusa lo que mejor le ha convenido. No conozco las alabanzas que le dedicó Louis Aragón, por ejemplo; pero supongo que vería en él una verdadera «novela social»; y lo es. En tanto que por «novela social» se entienda algo más que el puro panfleto, no cabe duda de que *El Guepard* lo es. Como lo es *Bearn*. Ambas novelas colocan al lector ante unos hechos sugestivamente aleccionadores: el desmoronamiento de una clase. Digo «aleccionadores». Al fin y al cabo, la «lección» puede depender tanto de la «doctrina» que se nos administra como de los «datos objetivos» que se nos exponen: «datos objetivos» que se prestan a severas reflexiones por parte del lector. Así Balzac leído por Marx. Lampedusa y Villalonga buscan materia para sus narraciones en

una zona social ligeramente al «margen». Cuando los manuales de historia nos hablan de la liquidación del Antiguo Régimen, explican las estampas «d'Epinal» de la Revolución Francesa; pero en Sicilia y en Mallorca, ¿qué? Medio señor feudal, como el protagonista de *Il Gattopardo*, o simple «hobereau» el mallorquín de *Bearn*, hasta finales del XIX queda en pie un rezago «ancien regimen» cuya extinción es laboriosa, paulatina y apacible. Lampedusa y Villalonga nos hacen asistir a esta fase final del dominio de la aristocracia. Como espectáculo humano, como experiencia sociológica, y aun como simple excusa literaria, el asunto no puede ser más interesante. *Bearn* es nuestro «Guepard» –social y geográficamente–, y sólo una particular estolidez apriorística (a la que, por otra parte, tan aficionados somos) nos impediría asumirlo como tal.

Villalonga ha superado, en *Bearn*, sus admirables creaciones anteriores, desde *Mort de dama* a *Faust*. Situando la acción de su novela a finales del siglo pasado, en una Mallorca a la vez lugareña y cosmopolita, *Bearn* nos da la imagen de una «fase» de nuestra evolución social. No quiero insistir en este aspecto de la cuestión, cuestión de cronología: ante la Barcelona industrial de aquellos años, una Mallorca agraria y casi señorial. Nada más «a la manera» de Llorenç Villalonga que un señor rural, afrancesado y lúcido, como el don Toni de «Bearn». Maduro, vistiendo el hábito de San Francisco y a la vez tocado con una peluca Luis XV, don Toni «vive» en la novela la agonía de su propio ánimo y la de su casta. La peripecia le es servida al lector a través del capellán de la familia Bearn. Tal vez Villalonga ha adoptado una ética levemente convencional. El clérigo narrador se nos aparece imbuido de cultura francesa, ágil en su escritura, penetrante en las observaciones: el clero rural mallorquín del ochocientos sale muy bien parado de la prueba. Pero resulta, al mismo tiempo, un poco inverosímil. Salvado este escollo, que no lo es sino venial –un tal presupuesto, por lo ingenioso, no deja de ser agradable–, el relato fluye con amistosa solvencia. Villalonga es uno de nuestros primeros escritores, y *Bearn* su obra máxima, hasta el momento. El «Club dels Novel·listes», al darnos la versión definitiva de su libro, primera edición en su idioma originario, además, proporciona al público catalán un espléndido servicio. Tanto *Bearn* como su paralelo «Guepard», son acreedores –y Llorenç Villalonga al fondo– de nuestra más actual y distinguida atención.

[*Destino*, 1288, 14 abril 1962, p. 34-35]